

ARTÍCULOS
DE VIDA
DE MAESTRO



INTRODUCCIÓN

Las preguntas e inquietudes acerca de la imagen y la identidad de los docentes no terminan de surgir. Como reconocimiento de esa realidad y con la intención de alcanzar un panorama más amplio en la búsqueda de argumentos para esta discusión, estos dos artículos muestran miradas distintas y complementarias.

Por una parte, la filósofa Jimena Montaña nos presenta una imagen fresca y conmovedora de los maestros de sus recuerdos, para así exponer sus ideas acerca del tema. El valor moral, la responsabilidad del educador, los sencillos principios que al final de cuentas hicieron del maestro un gran maestro, son algunas de las ideas que esboza la autora. Esperamos que su inclusión sirva para darle un toque emocional y positivo a las ideas que se encuentran en este volumen. En seguida, la historiadora María Solita Quijano hace un recorrido por uno de los temas más apasionantes en la discusión sobre la identidad del magisterio: la feminización. A través de una juiciosa investigación de archivo, la investigadora desarrolla un panorama profundo y con alto rigor académico, acerca de la presencia cada vez más amplia de mujeres en la plazas docentes, con sus implicaciones y sus causas.

Con estos artículos esperamos aportar a la configuración de los argumentos necesarios, para que los debates que surjan a partir de este tema sean lo más profundos y serios posible.

**MAESTROS
DEL CAMINO
DE LA VIDA***Jimena Montaña Cuéllar*

FILÓSOFA Y PERIODISTA

La palabra maestro se deriva del latín *magister*, guía, conductor. Es aquel indicado para mostrar el camino a recorrer, quien da los instrumentos para superar los obstáculos, señala y ayuda a descorrer el velo de lo desconocido, a descubrir. No es tarea fácil aquella que denota el término e implica la profesión. El artista consagrado, aunque no tenga el título oficial, a través de su obra propone mundos y alternativas, conduce el pensamiento y en eso consiste su maestría; al igual que el físico con sus descubrimientos o el astrónomo que bautiza la estrella desconocida y el biólogo que estudia el comportamiento sin igual de una ameba unicelular, o el geólogo que se maravilla con los estratos de una roca entre los cuales se lee la historia del mundo.

Las imágenes del maestro, sin embargo, son múltiples y variadas. En el mal sentido de la palabra todos hemos encontrado maestros que lejos de conducir y proponer producen aversión, y ésta se reflejará en el desempeño posterior. Fobia a las matemáticas, horror a la literatura, rechazo por la geografía, desdén por la biología y desconocimiento de los procesos históricos, que se convertirán con el tiempo en un rechazo permanente por el conocimiento y, posteriormente, en acoger profesiones sin talento ni interés. Poco a poco se crean generaciones aferradas a valores diferentes, con debilidades y pocos escrúpulos atendidos únicamente a la necesidad de mantenerse en un estrato económico específico.

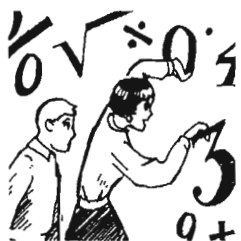
Un mal maestro exige al alumno ejemplar y rechaza al débil; un maestro descuidado olvida al distraído sin preocuparse de sus intereses; un mal maestro es incapaz de nutrirse y estar siempre adelante para ser capaz de sugerir sendas alternativas. Ardua labor aquella que se proponen quienes están a cargo de forjar seres humanos cabales y asumen esa responsabilidad conscientes de que un error o un paso en falso puede generar un desastre ante sus ojos.

Los niños repiten los esquemas de sus padres, éstos son los primeros y más importantes maestros. Un niño maltratado es un adulto con temores, quien creará por siempre que el castigo es la única alternativa. Un niño criado por un sustituto de su madre crecerá con una serie de vacíos por siempre irreparables. Un niño a quien no se le oyen sus interminables discursos cuando empieza hablar, de adulto sólo será capaz de gritar. Aquél carente de afecto, de adulto podrá matar sin parpadear, pues si no existe él, ¿de dónde el Otro? Ese mismo podrá ser traficante de armas, podrá ser quien presione un botón para arrojar bombas sobre pueblos enteros, podrá robar a ancianos y dedicarse a la prostitución de menores, pues en el fondo, toda la humanidad es la culpable de su dolor. La sociedad moderna, el papel de la mujer trabajadora y el afán de lucro, confinan cada vez más a los menores. En los estratos altos se cree que los bienes materiales suplen las carencias afectivas y se envía a los niños a los colegios delegando su educación a los regentes de las instituciones.

Muchos padres piensan que enviar al colegio los exime de ser sus guías y a su vez, los maestros delegan sus deberes a los padres. Este juego de responsabilidades se repite cada día, y en nuestro país, donde la educación es un “derecho” pero se olvida como deber, acarrea consecuencias sin fin.

La imagen del maestro es entonces algunas veces intangible, pero siempre en el recuerdo habrá un maestro memorable. No sólo aquel que amonestó, castigó o amenazó con una nota, no aquel que demostró sus puntos débiles y se refugió en la agresividad para disimular sus carencias. El maestro memorable es aquel que permitió el descubrimiento en algún momento y con el correr de los años y sin darse cuenta lo encontramos en nuestros actos cotidianos. Ese recuerdo difuso, a veces de acciones inocuas, en principio marcará el devenir posterior y cuando se analiza, toma sentido.

Hace muchos años, en un colegio un Maestro, luego de un aguacero seguido de una terrible granizada, pasó de curso en curso invitando a los alumnos a jugar en el patio. Todos patinaron sobre la nieve improvisada, elevaron muñecos con narices de palo, construyeron castillos, se arrojaron puñados de diminutos cristales de hielo. Más de doscientos alumnos jugaron juntos, los mayores con los menores, los profesores con los alumnos, las señoras del aseo con los encargados de la disciplina. Ese juego al parecer banal permitió no sólo la integración, sino la construcción de las bases de respeto necesarias para vivir en comunidad, el reconocimiento del otro, sus diferencias y semejanzas. Ese simple juego en un potrero blanco, integró a los mayores quienes ayudaban a los inexpertos pequeños, a los maestros quienes habían estado alejados del niño agresivo, ese simple juego permitió afirmar los valores para ser, sobre todo en el futuro, un buen ser humano. La fiesta en el jardín finalizó cuando alguien consideró que era más importante regresar a clase y obligó a los alumnos y profesores, incluido el Maestro, a volver a las aulas. Con el paso de los años, el recuerdo agrisulce aparece y queda imperturbable la imagen del Maestro. Ese mismo que enseñaba música tocando el violín y cantando a cualquier hora, ese Maestro que enseñaba el curso de



las estrellas. El mismo que jugaba con los pequeños en las ramas de un pino y cuando una de las madres vino por su pequeño, le replicó: “Señor, tengo afán”, y él, con calma, le respondió: “Señora, por favor, aún no hemos terminado nuestro viaje espacial”. La imagen de ese Maestro será por siempre una guía y sus enseñanzas, inscritas en el fondo del corazón, se repiten como una constancia y estarán reflejadas en los actos de la vida cotidiana sin proponérselo, de cientos de sus alumnos en este mundo ancho y ajeno.

Ese maestro le mostraba a sus pupilos los límites y las consecuencias de transgredirlos, les enseñaba a escuchar a los demás, a respetar, los guiaba por la senda del conocimiento, de las humanidades, la física y las matemáticas con una simple frase, un experimento o una nota de su violín. Para él no existían los mediocres o los rezagados, los débiles o los fuertes: todos sus alumnos eran seres humanos capaces de dar lo mejor de sí y así entonces podía encontrar y resaltar las vetas más recónditas en los seres más complejos.

No basta con ser un erudito para ser un maestro, no basta con crear una “imagen” de suficiencia para ser realmente un buen profesional. No es suficiente montar espectáculos de luces y sonidos en una clase magistral para dejar una verdadera enseñanza. Un buen maestro cautiva a un auditorio con el tema más simple y más sencillo. Le abre los horizontes al más reacio con las palabras escogidas, marca al pupilo en poco tiempo y esta huella es para siempre. Un Maestro con una pincelada expresa la sabiduría de todo un mundo, como un buen poeta es capaz de estremecer con un solo verso.

En la educación superior, los maestros marcarán el derrotero a seguir en la vida profesional. Muchos se consagran a sabiendas de su responsabilidad. Otros, en cambio, se acogen a ella como una manera más de vivir, sin interés. Es usual contratar a estudiantes recién egresados, quienes tendrán a su cargo una multitud pendiente de sus palabras y los resultados de su inexperiencia serán nefastos. Sucede entonces lo mismo que en el colegio, pero con consecuencias peores: profesionales mal preparados. Sin embargo y a pesar de las carencias, encontramos remansos de sabiduría.

En una universidad privada hasta hace pocos años uno de sus fundadores dictaba una cátedra de humanidades. Para la mayoría de inscritos, asistir a ella era una manera fácil de sostener el promedio exigido, pues el maestro, ajeno a las mezquindades de la nota, consideraba que todos se merecían la más alta; su única preocupación era la de sembrar la curiosidad y de alguna manera enseñar a leer. Y en gran medida lo lograba, poco a poco el aula se iba llenando, cada semana asistía otro interesado, su cátedra podía durar largas horas y su voz primaba pues los escuchas sobrecogidos no se movían de la silla. García Lorca se dibujaba ante los ojos, se hacía casi palpable, se llenaban los ojos de lágrimas ante los poemas de Antonio Machado, se gozaban palmo a palmo las aventuras del Quijote, se ascendía al paraíso de Dante de su mano y sobre sus palabras. Su enseñar no se limitaba a una simple lectura analítica, era un recorrido por la vida, obra y avatares de los autores y los personajes, todo desde el punto de vista de un gran ser humano.

Eran recuentos de vida los que se transmitían y sus pupilos aprendían de él la bondad, la generosidad, la dulzura, la importancia de ser, insisto, buenos seres humanos. Y todos lo notaban

cuando leyendo a los poetas se golpeaba el pecho sobre el corazón. Su cátedra era, en el sentido estricto de la palabra, lúdica, gozosa y en realidad, Magistral.

El sonido de una orquesta no depende únicamente del virtuosismo de sus intérpretes, sino de las capacidades de su Director. Un buen director es capaz de lograr que el violinista estremezca al público con un compás, que el pianista entre a tiempo y las notas tengan la textura que se merecen. Un buen director es para la orquesta su maestro, y sin ella queda muda. Un buen maestro, o su recuerdo, se necesitará siempre y cada día para no equivocarse los arduos caminos de la vida.